

los sacrificios. El instante fatal habia llegado para él: el término de sus amores y de los regalos con que le habian obsequiado, espiraba en aquel momento. Cuando acaso el verdadero amor hacía alguna de las hermosas jóvenes, á quienes le habian unido, se dejaba sentir dulce y tierno en su corazon, le arrancaban del lado de ella para conducirle á la muerte.

Desde las primeras horas del dia de la fiesta, se dirigia una lucida comitiva por el jóven, para conducirle al templo donde debia ser sacrificado. El gallardo prisionero se despedia tristemente de las cuatro lindas compañeras con quienes habia vivido veinte dias, y poco despues entraba, acompañado de los nobles y de los sacerdotes, en una adornada canoa de la casa real, que habia sido enviada con aquél objeto. La ligera embarcacion, surcando rápidamente las tranquilas aguas de las risueñas calles de la Venecia de la América, llegaba al severo templo que se levantaba á la orilla del lago. En cuanto el gallardo prisionero pisaba el santuario, se le conducia al sitio en que se hallaba la deidad venerada.

El numeroso concurso entre tanto, esperaba ansioso la salida de la procesion. Pronto se dejaba ver ésta con toda la pompa y majestad acostumbrada; y desde el instante que se presentaba, la multitud seponia de rodillas. Varios sacerdotes, pintados de negro el rostro y cuerpo, y vestidos con traje igual al ídolo, se presentaban llevando en hombros, sobre lujosas andas, la imágen del dios Tezcatlipoca, mientras otros dos le iban incensando de continuo. El ídolo llevaba adornada la cabeza con una guirnalda de granos de maíz tostado, de que formaban cuerdas, y en el

pescuezo un collar de la misma materia. Las andas iban ceñidas tambien con cuerdas hechas de hileras de granos de maíztostado, y las doncellas y los jóvenes del templo, así como los nobles y la numerosa comitiva que marchaban en la procesion, llevaban gargantillas y pulseras de lo mismo.

Estas cuerdas simbolizaban la sequía, mal muy temido por aquellas gentes; y para evitarla, y que la cosecha del maíz fuese abundante, adornaban en aquella fiesta á la divinidad con los granos cogidos de sus mejores mazorcas, y tostados cuidadosamente.

Acompañando al ídolo, y á corta distancia de él iba el jóven prisionero, alcanzando aun la veneracion de los concurrentes. Al tiempo mismo que la procesion cruzaba el espacioso átrio interior, la desventurada víctima se iba despojando poco á poco del rico traje que llevaba, se desceñia la corona de bellas flores que adornaba su cabeza, y arrojaba al suelo las galas todas con que por espacio de un año habian escondido su tristeza.

Del átrio interior la procesion pasaba al átrio inferior, cuyo pavimento estaba alfombrado de fragantes flores y de aromáticas yerbas. En este sitio se detenia la procesion un instante; y en tanto que unos sacerdotes elevaban himnos á la deidad y otros la incensaban, el pueblo, arrodillado siempre, se azotaba terriblemente las espaldas con duras cuerdas llenas de gruesos nudos. Terminada la procesion y con ella la prolongada flagelacion, el ídolo se colocaba sobre el altar de donde se le habia llevado, y el prisionero era conducido, desnudo, á la parte superior del templo, en donde, entre otros monstruosos ídolos, se descubria aquel á quien iba á ser sacrificado.

Seis sacerdotes se encontraban en aquel sitio destinado á la muerte.

Eran los sacrificadores, encargados de la repugnante mision de las hecatombes.

Cinco de ellos vestian hábitos blancos, recamados de negro, de la forma de un escapulario, salpicados de manchas de sangre; llevaban enmarañada la lengua cabellera; ceñida la cabeza con correas de cuero; llena la frente de ruedecillas de papel, pintado de varios colores y teñido el cuerpo de negro. El sexto, que era el principal, el que en cada sacrificio tomaba el nombre del dios á quien se dedicaba la víctima que por su mano sacrificaba, vestia un hábito de la misma forma que el de sus compañeros, pero escarlata, emblema de su sanguinaria mision; ostentaba en la cabeza una corona de plumas rojas y amarillas; en las orejas zarcillos de oro y esmeraldas, y pendiente del labio inferior una rica piedra turquesa.

Al presentarse el desnudo prisionero en la parte superior del templo referido, era recibido por los temibles sacerdotes y llevado al altar del sacrificio, que era una piedra de jaspe verde, de tres piés de alto, una vara de ancho y cinco piés de largo, convexa en la superficie superior, á fin de que al tenderse en ella la víctima, quedase arqueada, con el vientre y pecho levantados.

El principal sacrificador, á quien se daba el nombre de *topiltzin*, dignidad preeminente y hereditaria, señalaba á los circunstantes el ídolo á quien se dedicaba el sacrificio, para que lo adorasen: los cinco sacerdotes extendian en seguida á la víctima sobre la piedra; dos le sujetaban los brazos; dos las piernas, y el otro la cabeza con un instru-

mento de madera de la forma de una culebra enroscada. Colocado en aquella posicion violenta, el sacrificador se acercaba, armado de un afilado cuchillo de *itzli*, sustancia volcánica y dura como el pedernal; le abria el pecho, le sacaba el corazon, y palpitando y vertiendo sangre lo ofrecia al sol, objeto del culto de todo el Anáhuac, arrojándolo en seguida á los piés del ídolo.

Segun la interpretacion que los sacerdotes aztecas daban al sacrificio verificado en el gallardo jóven, se representaba en ese hecho lo pasajeras que son las grandezas humanas, junto á las cuales encuentra generalmente el hombre los pesares y la muerte.

El cadáver del jóven, sacrificado en la fiesta que nos ocupa, no era arrojado, como solian ser los de las otras víctimas, por las escaleras del templo. Ahora era llevado con gran reverencia al pié del santuario, donde se le cortaba respetuosamente la cabeza. Terminado instantáneamente este acto, para ellos altamente religioso, el cráneo se ensartaba en unos largos palos que estaban en un edificio dispuesto con ese objeto, mientras los brazos y las piernas, cocidos y condimentados, se enviaban, como exquisito regalo, á los banquetes de los principales individuos de la nobleza.

En cuanto terminaba el sacrificio, la multitud se acercaba al altar del dios Texcatlipoca, y se le hacian abundantes oblaciones de plumas, piedras preciosas, aves y sabrosos manjares, dispuestos por las doncellas del templo y por otras mujeres de la nobleza, consagradas, por voto particular, á desempeñar en aquellos días lo necesario en el servicio del culto. Los platos de sabrosas viandas, eran

llevados en procesion por las vírgenes del templo, precedidas de un respetable sacerdote de distinguido nacimiento, y entregados á los jóvenes que los repartian, en las habitaciones, á los ministros del ídolo, para los cuales habian sido dispuestos.

Seguia á los actos que referidos quedan, un gran baile, en que tomaban parte los nobles que habian asistido á la fiesta, y los alumnos de los seminarios. En los momentos que el sol se ocultaba en Occidente, las vírgenes que se educaban en el templo preparaban nuevas oblaciones de pan, amasado con miel, que se destinaban para premiar á los jóvenes alumnos que mas se distinguian en la carrera que hacian por las escaleras del templo, no como acto religioso, sino como solaz y grata diversion, que presenciaban con gusto los sacerdotes y el pueblo.

La fiesta terminaba con el licenciamiento de los alumnos de ambos sexos que se encontraban en edad de casarse. Los que se quedaban, se chanceaban con ellos, satirizándoles, con gracia inofensiva, el que dejasen el servicio de los dioses por el de la mujer, y arrojándoles hacecitos de yerba. Los sacerdotes les permitian en ese dia esas chanzas de buen género, que á nadie ofendian y que eran propias de la edad.

Fiesta en el mismo mes, en honor de Huitzilopochtli. Sacrificios de codornices y de victimas humanas. Otra fiesta notable se celebraba en el mismo quinto mes que dejamos referido. Era la del Marte mejicano *Huitzilopochtli*, númen tutelar de la nacion azteca. La víctima destinada al sacrificio de esa funesta divinidad, se elegia, lo mismo que la del dios *Tezcatlipoca*, con un año de anticipacion, y ambas se paseaban muchas veces jun-

tas por las calles. El prisionero destinado á la deidad batalladora, era tambien joven y de arrogante presencia; pero el pueblo no le adoraba como lo hacia con el que representaba al dios *Tezcatlipoca*. Sin embargo, las consideraciones que el pueblo le guardaba eran muchas; y cuando paseando por las calles pedia limosna para el culto, como le estaba ordenado al prisionero que representaba al dios á quien iba á ser sacrificado, los presentes que sus guardias recogian para el templo eran numerosos.

Con bastante anticipacion al dia de la fiesta, los sacerdotes hacian una imágen de *Huitzilopochtli*, para sacarla en la procesion. Tenia la estatua la altura de un hombre; la carne estaba hecha con la masa de una legumbre que usaban mucho en sus comidas, y los huesos de una madera dura y poco pesada. Terminada la imperfecta escultura, se procedia á vestirla con el lujo que le correspondia. Un rico manto de brillantes plumas colgaba de sus hombros, rivalizando la perfeccion de su manufactura con la de la fina tela de algodón de su ropaje. Su pecho resplandecía con una bruñida plancha de oro, delicadamente trabajada: ostentaba sobre su cabeza un quitasol de papel, engalanado de vistosas plumas, que remataba con un afilado cuchillo de pedernal ensangrentado; y valiosas figuras, imitando corazones y cuerpos despedazados, símbolos de sus sanguinarios instintos, completaban el adorno de la terrorífica deidad. Terminado el arreglo de la vestidura, se disponia una procesion para llevar el ídolo desde el sitio en que se habia hecho hasta el altar.

La imágen del númen de la guerra era colocada en unas lujosas andas, dispuestas sobre cuatro espantosas

serpientes de madera: cuatro jefes de alta graduacion en el ejército, las cargaban en los hombros; y varios jóvenes de la nobleza, formando círculo con adornadas flechas, que unos las tenían por el remate y otros por la punta, se colocaban delante de las andas. A la cabeza de todos se ponía otro joven de distinguida cuna, llevando en el remate de un palo, un gran papel en que se veían representadas, con extraños jeroglíficos, las gloriosas acciones del númen de la guerra. Dispuesta en el orden referido la procesion, se emprendía la marcha á paso lento y acompasado, entonando los nobles jóvenes, al son de instrumentos poco sonoros, himnos guerreros en que se elogiaban los hechos mas notables de su venerada divinidad.

Al dia de la fiesta, el rey, los consejeros, los grandes y la nobleza se dirigian desde muy temprano al templo, pues el monarca era el que daba, por decirlo así, principio á la ceremonia. El pueblo invadía el átrio y todos los puntos desde donde se podia presenciar el espectáculo religioso.

Al prisionero destinado al sacrificio le vestían con un traje vistoso de papel pintado; en la cabeza le ponían una especie de mitra, hecha de escogidas plumas de águila; le colocaban á la espalda una ligera red con una bolsa encima, y así era conducido á la fiesta con las mas altas consideraciones.

La ceremonia empezaba con el sacrificio de centenares de codornices. El rey era el primero que sacrificaba varias de estas aves, cortándolas la cabeza y arrojando sus cuerpos al pié del altar. Al rey seguían los sacerdotes, y á los sacerdotes el pueblo. Era asombroso el número de codornices sacrificadas en esos momentos. Una parte se

condimentaba para la mesa del monarca, otra para los sacerdotes, y las aves restantes se guardaban para diversos banquetes. Al sacrificio de las codornices seguía un baile de doncellas y de sacerdotes. Las primeras llevaban adornada la cabeza con guirnaldas hechas de granos de maíz tostado; en los brazos, vistosas plumas; y en las manos unas graciosas banderolas de algodón y papel, colocadas en ligeras y adornadas cañas. La cara la llevaban teñida de raros colores. Los sacerdotes se presentaban con el rostro pintado de negro, con un cetro en la mano, que terminaba en una flor y un círculo de plumas; la frente con ruedas de papel pegadas á ella, atada la lengua cabellera; untados de miel los labios, y cubiertas las partes genitales con un papel. Sobre el borde en que ardía el fuego sagrado, bailaban dos hombres, que cargaban en los hombros una jaula de pino, y en un sitio algo retirado, bailaban á la vez los militares y los cortesanos, tomando parte en el baile de éstos el prisionero destinado al sacrificio.

En todos los bailes, los músicos se colocaban dentro del círculo de los que bailaban; pero en éste se situaban fuera del círculo, á fin de que los instrumentos pudiesen escucharse bien de todos los sitios en que se bailaba.

Poco atractivo podían tener en aquel instante, para el prisionero, los acordes de la música y los pasos de la danza; pero el desgraciado bailaba en el honroso círculo de los cortesanos, vestido con el frágil traje de pintado papel, que debía durar mucho mas que su vida. Pero era lo singular, que nadie en esta fiesta señalaba el instante del sacrificio humano.

La eleccion de la hora y del momento estaba al arbitrio

de la misma víctima, á la cual le tocaba señalar el término de su vida, aunque siempre dentro de las horas de aquel día. Libre, pues, para escoger el fatal instante, se presentaba, cuando le parecía, á los sacerdotes encargados de la ejecución del acto sangriento. Los ministros de la funesta deidad no conducian á este prisionero á la piedra del sacrificio, como se llevaba á todos, sino que le tenían en sus brazos, donde el sacrificador le abría el pecho y le extraía el corazón, que lo presentaba al sol y lo arrojaba á los pies del ídolo.

A la terrible escena del sacrificio, seguía otra bastante dolorosa. Todos los niños nacidos en el año anterior, eran presentados en el templo, y los sacerdotes les hacían una ligera incisión en el pecho y en el vientre; ceremonia que indicaba que la nación azteca se reconocía consagrada especialmente al Marte mejicano.

Los bailes, la música, los regocijos y las diversiones, seguían á los actos anteriores, y el país entero esperaba grandes bienes de los sacrificios consumados.

Sexto mes. El sexto mes empezaba el 6 de Junio, y
Tercera fiesta al dios del agua. en ese día se celebraba en honor del dios del agua Tlaloc, la tercera fiesta que le correspondía. Los sacerdotes consagrados á la expresada divinidad, se dirigían algunos días antes al lado de Citlaltepec, donde cogían el sacrificio de prisioneros y de niños. número de juncos que querían para adornar el templo. Según su religión, tenían derecho de hacer, impunemente, todo el daño que quisieran á las personas que encontraban en el camino que ellos llevaban al ir á cortar los juncos. El encuentro de los ministros de Tlaloc

era temible en aquellos instantes, pues los caminantes se veían despojados de la ropa y de todo lo que llevaban, y aun recibían terribles golpes si oponían resistencia al despojo. Nada respetaban: así como se apoderaban de las cosas de los plebeyos, se hacían dueños de los tributos reales, que los recaudadores llevaban, si por casualidad eran encontrados en el camino. Nadie tenía derecho á quejarse de las tropelías sufridas en estos momentos, ni el rey para castigarles.

El día de la festividad del Neptuno azteca, los ministros de la deidad del agua conducían al *teocalli* gran cantidad de resina elástica y de papel de diversos colores. Después de haber elevado algunas oraciones á los dioses, se ocupaban de untar resina al papel, y acercándose en seguida á los ídolos, les emborraban la garganta con la misma resina elástica. A esta ceremonia supersticiosa y extravagante, seguía otra demasiado seria y dolorosa: el sacrificio de varios prisioneros en la terrible piedra, á la cual eran llevados, vestidos de la manera misma con que se representaba á Tlaloc.

No menos sensible y dolorosa era la escena que seguía á la anterior. En todas las fiestas del númer del agua se sacrificaban niños; y era preciso que también en esta figurasen como víctimas. Con efecto, una niña y un niño, coronados de flores y graciosamente vestidos, eran llevados por los sacerdotes, en una canoa, á un sitio del lago.

Los nobles y la multitud seguían á la embarcación de las infantiles víctimas, en ligeras falúas, conducidas por robustos remeros.